

Mientras tanto.

Seudónimo: *Amalio*.

Acaba de pasar por mi puerta un tipo con traje, lleva una perilla alargada, horizontal a una peca pequeñita, de medio milímetro, tiene el pelo de un color castaño cobrizo y lleva una camisa malva con una corbata bastante bien colocada de un color entre el verde y el azul, pero quizás más cercana al azul.

Ha muerto uno.

El tipo trajeado acaba de pasar por delante de un hombre que está cociéndose al sol en un portal, lleva un cartón de leche en la mano y ha pintado con rotulador en él. Dice que le han quitado su casa, que tiene 5 hijos y que no tiene para darles de comer. Ha pasado sin mirarlo. Tiene 32 céntimos y un botón de camisa en un sombrero. Es pobre.

Ha muerto otro.

Mi vecina está tirando el arroz de ayer. Tiene un hijo adolescente que ayer no vino a comer porque está enamorado de no sé qué tonta. Su otro hijo quiere comida basura y su niña está haciendo dieta. Solo ella comió arroz ayer, y hay que tirarlo.

Ha muerto.

Miro a la televisión, hay unos hombres de color saltando una valla alta. El titular de una televisión privada dice: "*Nuevo asalto a la valla*". Luego unos ignorantes comentan el titular mientras los hombres de color celebran su creencia de llegar a un lugar mejor cuando abajo en mi portal un hombre con traje pasa por delante de otro que pide porque no tiene para comer.

Ha muerto otro más.

La televisión ahora no se oye, los vecinos están gritando, están gritando porque ella ha ido a comprar el pan sin pedirle permiso. Él está en el sofá, en el paro, y ella ha ido a comprar el pan sin pedirle permiso al troglodita, ese que sale a calle con su bandera en el jersey y en el pulso. Cuánto daño han hecho las banderas, pienso.

Otro ha caído al suelo.

La ha golpeado, ahora solo hay silencio. La televisión se vuelve a escuchar. Hacienda se frota los dedos mientras tres muchachos giran una ruleta para ganar dinero e intentan descubrir una frase en un panel gigante hecho con Coltán. A miles de kilómetros, donde no están desarrollados, unos hombres delgados entran bajo tierra para recoger ese material y morir lentamente allí, mientras nosotros lanzamos la ruleta y tecleamos nuestros móviles.

Ha muerto otro más.

En un lugar de Etiopía acaba de caer al suelo y su madre está viendo como su piernas palpitan temblorosas por última vez, lentamente, su escaso peso cae sobre la árida tierra africana y se apaga, y lo hace porque tiene que apagarse, porque no ha habido luz en su vida, porque no ha nacido donde debería.

Está muerto.

Hay una mujer en el centro de la calle, tiene unos panfletos en las manos y los reparte de un lado a otro mientras la indiferencia de la gente la supera. Reparte panfletos de una asociación que lucha contra la pobreza infantil. La gente le rehúye con la excusa de que eso nunca llega de verdad a esos niños, el hombre con traje vuelve, se ha olvidado algo en casa, la mujer le ofrece el papel y lo recoge mientras habla por el manos libres, coge un bolígrafo y apunta por detrás el número de su próxima víctima empresarial, por detrás hay un eslogan:

“Cada tres segundos muere un niño por hambre en África”

Y es que África está demasiado lejos, pero nuestras conciencias aún lo están más.

Han muerto aproximadamente veinte niños por hambre en África mientras tú leías este relato.

Ha muerto otro niño por hambre en África mientras tú leías esta frase.